

Comentario al
texto bíblico

LECCIONES
DE JOSUÉ
ACERCA DE
LA FE.

MONUMENTOS DE
GRACIA

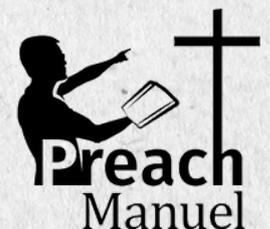
IV TRIMESTRE - 2025

EL PROBLEMA DE LAS SEGUNDAS GENERACIONES

El capítulo 3 del libro de Josué abre con una escena profundamente simbólica: el pueblo de Israel acampa frente al Jordán, en vísperas de cruzar hacia la tierra prometida. Dice el texto: *“Josué se levantó de mañana y él y todos los hijos de Israel partieron de Sitim y vinieron hasta el Jordán, y reposaron allí antes de pasarlo.”* (Josué 3:1). Tres días estuvieron allí, hasta que los oficiales recorrieron el campamento dando una orden precisa: *“Cuando veáis el arca del pacto de Jehová vuestro Dios y a los levitas sacerdotes que la llevan, saldréis de vuestro lugar y marcharéis en pos de ella.”*

Ya no se menciona la columna de nube ni la de fuego. Aquellos símbolos que acompañaron al pueblo en el desierto —manifestaciones visibles de la presencia divina— han desaparecido. Ahora, el foco está en el **Arca del Pacto**, el mueble que representa la morada de Dios en medio de su pueblo. Desde que la gloria del Señor descendió sobre el tabernáculo (Éxodo 40), el arca se convirtió en el signo tangible de la presencia divina. En su cubierta —el propiciatorio o *capóret*— se posaba la gloria de Dios entre los querubines.

Pero aquí hay un cambio significativo: la generación que sigue a Josué **ya no tiene memoria viva del Sinaí, ni del Mar Rojo, ni del maná**. Muchos de ellos eran niños cuando esos prodigios ocurrieron; otros, nacieron en el desierto. Esta es una generación que hereda una historia, pero que no la vivió. Y allí radica el problema de las segundas generaciones: **el peligro del olvido**.



EL PROBLEMA DE LAS SEGUNDAS GENERACIONES

Josué enfrenta, entonces, una misión doble. No solo debe conducir al pueblo a la tierra prometida, sino conducir su fe a una nueva forma de relacionarse con Dios. Ya no verán fuego ni nube, ni oirán a Moisés hablar cara a cara con Jehová. Ahora deberán aprender a seguir la presencia invisible de Dios, simbolizada por el arca y mediada por los sacerdotes.

El texto anticipa un desafío que recorrerá toda la historia bíblica: ¿cómo conservar la experiencia de Dios cuando ya no está Moisés, ni Josué, ni los milagros visibles? En Jueces, esa autoridad recae sobre los sacerdotes —como Elí—, quienes fallan en transmitir el conocimiento de Dios a sus hijos. Luego vendrá Samuel, llamado precisamente porque “la palabra de Jehová escaseaba en aquellos días.” (1 Samuel 3:1). Cada generación, si no cultiva la presencia divina, repite el ciclo del olvido.

Y este mismo peligro acecha también al pueblo de Dios hoy. Las generaciones que fundaron el movimiento adventista —aquellos pioneros que oraron, predicaron y esperaron al Señor en medio de burlas y sacrificios— ya no están. Nosotros, las generaciones subsiguientes, heredamos su mensaje, pero no su experiencia. Y corremos el riesgo de convertir nuestra fe en una institución respetable, diplomática, bien vista por el mundo, pero carente del fuego que una vez ardió en sus altares.



EL PROBLEMA DE LAS SEGUNDAS GENERACIONES

Así como Israel debía mirar al arca para recordar quién los guiaba, nosotros debemos volver la mirada a la **presencia de Dios**. Pero el texto advierte: “*Entre vosotros y ella haya distancia como de dos mil codos.*” (Josué 3:4). Es decir, el pueblo debía mantener reverencia; no confundir el símbolo con la realidad. Porque el arca no era un amuleto. La victoria no estaba en el objeto, sino en Aquel que moraba sobre el propiciatorio. Por eso más tarde, cuando los hijos de Elí intentan usar el arca como talismán en la batalla contra los filisteos, son derrotados. No era el arca, era la presencia de Dios.

Ese es el mensaje central: **lo que preserva la fe de las generaciones no es la forma, ni la institución, ni el recuerdo histórico, sino la experiencia viva de la presencia de Dios**. Solo esa presencia puede renovar la fe y hacer real la comunión espiritual que un día tuvieron Moisés y Josué.

De la misma manera, ningún padre puede transferir su experiencia espiritual a sus hijos como un legado automático. Pero sí puede hacer algo: **invocar la presencia de Dios junto a ellos**. Cuando un padre ora con su hijo, abre el espacio donde el Espíritu de Dios puede obrar y revelar a Cristo en su corazón. Esa es la forma en que la fe se transmite realmente: no por herencia cultural, sino por experiencia espiritual.



EL PROBLEMA DE LAS SEGUNDAS GENERACIONES

Por eso, al igual que Israel, debemos mantener nuestros ojos en el arca —en la presencia de Dios manifestada en Cristo— y enseñar a las generaciones venideras a hacer lo mismo. Porque es allí, y solo allí, donde cada corazón puede descubrir por sí mismo que **el Dios que guio a los padres sigue presente para guiar a los hijos.**

SANTIFICAOS, PORQUE JEHOVÁ HARÁ MARAVILLAS ENTRE VOSOTROS

Cuando el pueblo de Israel se preparaba para cruzar el Jordán, Josué les dio una orden solemne: *“Santificaos, porque Jehová hará mañana maravillas entre vosotros.”* (Josué 3:5)

Estas palabras encierran una de las verdades más profundas de la experiencia espiritual: **antes de toda manifestación divina, hay un llamado a la santificación.** Así fue en el Sinaí, cuando el pueblo se preparó para oír la voz de Dios; y así vuelve a ser ahora, cuando están a punto de contemplar el poder del Señor que detendrá las aguas del río para abrirles paso en seco.

La razón es clara: **Dios está a punto de manifestarse.** Su presencia se hará visible. El milagro no es un fin en sí mismo, sino un medio por el cual el pueblo experimentará el obrar renovador de Dios en su historia. Por eso, Josué les ordena purificarse, porque van a presenciar la presencia.

Cada acto de santificación es, en realidad, una preparación para el encuentro con el Dios que se hace presente.

El pueblo debía comprender que el Dios que abre los ríos, que hace maravillas y que habita entre los querubines, no es un Dios distante, sino un Dios que desea ser experimentado. Pero esa experiencia exige preparación.

SANTIFICAOS, PORQUE JEHOVÁ HARÁ MARAVILLAS ENTRE VOSOTROS

Cuando el pueblo de Israel se preparaba para cruzar el Jordán, Josué les dio una orden solemne: *“Santificaos, porque Jehová hará mañana maravillas entre vosotros.”* (Josué 3:5)

Estas palabras encierran una de las verdades más profundas de la experiencia espiritual: **antes de toda manifestación divina, hay un llamado a la santificación.** Así fue en el Sinaí, cuando el pueblo se preparó para oír la voz de Dios; y así vuelve a ser ahora, cuando están a punto de contemplar el poder del Señor que detendrá las aguas del río para abrirles paso en seco.

La razón es clara: **Dios está a punto de manifestarse.** Su presencia se hará visible. El milagro no es un fin en sí mismo, sino un medio por el cual el pueblo experimentará el obrar renovador de Dios en su historia. Por eso, Josué les ordena purificarse, porque van a presenciar la presencia.

Cada acto de santificación es, en realidad, una preparación para el encuentro con el Dios que se hace presente.

El pueblo debía comprender que el Dios que abre los ríos, que hace maravillas y que habita entre los querubines, no es un Dios distante, sino un Dios que desea ser experimentado. Pero esa experiencia exige preparación.

SANTIFICAOS, PORQUE JEHOVÁ HARÁ MARAVILLAS ENTRE VOSOTROS

Santificarse significa apartarse de lo común, renunciar a lo profano, limpiar el corazón de aquello que impide discernir la gloria divina.

Así también hoy, cuando Dios se dispone a obrar maravillas en su pueblo, **llama a sus hijos a santificarse**. No para que se hagan dignos de su presencia, sino para que estén listos para reconocerla cuando Él se manifieste. Porque la santificación no produce la presencia; **la santificación dispone el corazón para recibirla**.

El libro de Hebreos nos explica cómo este principio continúa vigente en la era cristiana. Dice el apóstol:

“Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne... acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia y lavados los cuerpos con agua pura.” (Hebreos 10:19-22)

Aquí el escritor de Hebreos establece un paralelismo directo: El Israel antiguo se preparaba para ver la gloria de Dios en el arca; el Israel espiritual se prepara para entrar en la presencia de Dios a través de Cristo.



SANTIFICAOS, PORQUE JEHOVÁ HARÁ MARAVILLAS ENTRE VOSOTROS

Él es el nuevo y vivo camino. Su humanidad —el “velo” rasgado— es el medio por el cual la divinidad se acercó a la humanidad caída.

En Cristo, el cielo y la tierra se unieron de manera inseparable. Su encarnación hizo posible que la naturaleza humana, debilitada por el pecado, fuera llevada a comunión con Dios. Y así como la presencia divina moró en el arca, **ahora mora en Cristo**, y por medio de Él, **en el creyente santificado**.

LA HUMANIDAD DE CRISTO: EL VÍNCULO ETERNO

Cuando comprendemos adecuadamente la humanidad de Cristo, descubrimos el misterio de la verdadera santificación.

El mismo Espíritu que sostuvo a Jesús en sus luchas y tentaciones desea morar en nosotros. Su presencia interior escribe la ley de Dios en el corazón, purifica la conciencia y transforma el carácter. Así como el arca fue el punto de encuentro entre el cielo y la tierra, **Cristo se ha convertido en nuestro punto de comunión con Dios.**

Por eso, santificarse hoy no significa retirarse del mundo, sino **abrirse a la obra santificadora de Cristo en nosotros.**

Significa acercarse con fe, con corazones purificados y cuerpos lavados —no por ritos externos, sino por la limpieza interior que otorga la sangre del Cordero.

De eso se trata: de experimentar la **presencia viva de Dios** en el alma por medio de Cristo, el camino nuevo y vivo. Solo así, cuando el Señor vuelva a obrar maravillas entre su pueblo, estaremos listos —no solo para verlas, sino para participar de ellas.

EL JORDÁN, EL RECUERDO Y LA VOZ DEL CIELO

Cuando el pueblo de Israel terminó de cruzar el Jordán, el Señor ordenó a Josué levantar un **memorial de doce piedras**, una por cada tribu, tomadas del mismo lecho del río. Aquellas piedras se erigieron en **Gilgal** como testimonio de que las aguas del Jordán se habían detenido cuando el arca del pacto, símbolo de la presencia divina, tocó sus aguas. Era el signo visible del poder renovado de Dios, actuando ahora no para Moisés, sino para **la nueva generación bajo Josué**, con el mismo propósito: afirmar en ellos la certeza de que Dios seguía con su pueblo.

Pero el propósito de este milagro no terminaba en el evento. Dios sabía que las generaciones venideras olvidarían fácilmente sus obras. Por eso, aquellas piedras serían **una memoria viva**, un punto de conversación entre padres e hijos. Cuando los niños preguntaran: “*¿Qué significan estas piedras?*”, los padres responderían: “*Israel pasó en seco por este Jordán, porque Jehová secó las aguas delante de nosotros.*” Así, el recuerdo se transformaba en enseñanza; la memoria colectiva se convertía en fe transmitida.

Estas piedras no eran un altar de sacrificio, sino un **altar de memoria**. Al igual que la Pascua recordaba la salida de Egipto, este memorial recordaba el paso hacia la tierra prometida.



EL JORDÁN, EL RECUERDO Y LA VOZ DEL CIELO

Y en cada generación, al mirar las piedras, el pueblo debía recordar no solo lo que Dios hizo, sino **quién es Dios**: el Señor que abre los caminos, que cumple sus promesas y que desea ser conocido de generación en generación.

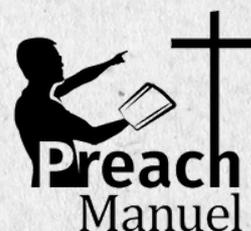
El propósito del recuerdo, según Deuteronomio 4:9, era claro: “Guárdate... para que no te olvides de las cosas que tus ojos han visto, ni se aparten de tu corazón todos los días de tu vida; antes bien, las enseñarás a tus hijos.”

Recordar no era nostalgia. Era fidelidad. El recuerdo mantenía viva la conciencia de que “no hay otro Dios fuera de Jehová” (Deut. 4:35). Recordar el pasado era, en realidad, reafirmar la fe en el presente.

Siglos más tarde, otro Jordán se convertiría nuevamente en escenario del poder divino. Allí descendió Jesús para ser bautizado por Juan. Y así como Israel había cruzado el Jordán antes de comenzar su vida en la tierra prometida, Cristo cruzó el Jordán de la humanidad, abriendo un nuevo camino para toda la raza humana.

Al salir del agua, el cielo se abrió, el Espíritu descendió en forma de paloma, y una voz del Padre declaró:

“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia.”
(Mateo 3:17)



EL JORDÁN, EL RECUERDO Y LA VOZ DEL CIELO

En ese instante, el **Padre aceptaba a la humanidad en la persona de su Hijo**. La divinidad se unía a la carne humana, no como un gesto simbólico, sino como una reconciliación real entre el cielo y la tierra. En palabras de *El Deseado de Todas las Gentes*, “Cristo pidió al Padre el testimonio de que Dios acepta la humanidad, y el Padre mismo respondió con su voz.”

Aquella gloria que reposó sobre Cristo fue una prenda del amor eterno de Dios hacia nosotros. La luz que descendió sobre Jesús descenderá también sobre quienes oren con sincero corazón, buscando resistir la tentación y permanecer fieles.

Así como las doce piedras en Gilgal señalaban el paso de Israel por el Jordán, **el bautismo de Cristo en el mismo río** señala el paso de toda la humanidad del pecado a la comunión con Dios. El primero recordaba un milagro en la tierra; el segundo inauguró el **milagro de la redención**.

En el Jordán, el pueblo vio que Dios estaba con Josué; en el Jordán, el mundo oyó que Dios estaba en Cristo. El memorial de piedras apuntaba hacia la fidelidad divina; la voz del cielo proclamaba la aceptación de la humanidad redimida.

EL JORDÁN, EL RECUERDO Y LA VOZ DEL CIELO

Y así, el recuerdo de las obras pasadas, unido a la realidad de Cristo presente, forma el fundamento de una fe que debe ser **enseñada, vivida y transmitida.**

Porque la memoria del pueblo de Dios no es un relicario muerto, sino una **experiencia viva** en la que su Espíritu renueva hoy lo que obró ayer. El Jordán, tanto en Josué como en Jesús, nos invita a mirar atrás para recordar... y a mirar hacia arriba para creer.

¡Que esta breve guía sea usada por Dios para edificarte!